

cuentra?—En la calle Concepción. . . .—¡Oh! señor ¿cree Ud. que alguna dama acudirá a una cita en esa calle? ¡De ningún modo!—Fracaso rotundo.

Pero el rey de los avisos económicos, el espléndido, el que abre más vastas perspectivas y tiene más color y hasta perfumes de campo dorado es el que hemos visto por estos días invernales: *Se venden las flores de diez mil aromos*. Ah! qué magnífico verso modernista: bastaría agregar: «En el paisaje. . . se venden las flores de diez mil aromos» y tendríamos unos de esos «aciertos de expresión» que los poetas de la hora actual buscan (y no siempre encuentran) con tanto empeño, y que los críticos benévolos celebran. ¡Se venden las flores de diez mil aromos! Hermosa concisión, sobriedad clásica; el arte moderno lo resume todo. Con esas cuantas palabras, sin nada de más ni de menos, echamos a andar en automóvil una mañana, en alegre compañía, dejamos lejos la ciudad febril y vamos hacia la montaña, hacia la paz transparente de la campiña; delante de nosotros, las copas de los diez mil aromos florecidos levantan sus cúpulas bizantinas y se acercan; es un bosque de oro fino que marea la vista, es la maravilla de la tierra trasmutada por la luz en joyas olorosas y templo de divinidades invisibles. ¡Todo eso, en un segundo, lo tenemos al despertar, en nuestra habitación, junto con la taza del desayuno y la lista de los avisos económicos, que ese anuncio jubilante ilumina de súbito, como una sábana de sol.

No. No hay que reírse de los que leen los avisos económicos de los diarios. Pueden ser viles negociantes que persiguen su interés; pueden ser también poetas y soñadores, novelistas, dramaturgos, hombres de meditación que buscan un modo de escapar a la prisión cotidiana.—A L O N E.

Nota.—Estas observaciones podrían amplificarse mucho extendiéndolas a los diarios extranjeros. En los de Buenos Aires, por de pronto, llama la atención el ofrecimiento numeroso de «mucamos», casi todos «de buena presencia» y algunos «de muy buena presencia». Es un signo.—A.

Una carta sobre d'Halmar

SR. don Raúl Silva Castro. Presente. Estimado Raúl: Está visto que nunca se le perdonará a Augusto d'Halmar el haber desertado de las filas de la literatura chilena, para echarse a andar por caminos más dignos de un verdadero artista. Se reconoce en él a un hombre de talento, y en ese ataque que usted últimamente le ha dedicado,

yo no creo ver sino una exteriorización de un sentimiento parecido al despecho, porque este escritor no usó su talento en ser un escritor nacional.

Un escritor nacional. Mucho se ha hablado ya de su triste condición en nuestro país, del poco respeto que se le tiene, de los ataques injustos e insolentes de que se le hace víctima. No hay dudas, para nosotros un hombre que medita la mitad del día y escribe durante la otra mitad, no es otra cosa que un ocioso.

En realidad, d'Halmar no tenía razón alguna para quedarse en Chile. Su temperamento no era como para continuar a todos los que nos han hablado del ambiente campestre y han calcado o fotografiado los paisajes chilenos. Porque d'Halmar, antes que todo, es un artista, hombre lleno de inquietudes, de ensueños, de fiebre de viajes y dueño además de un hondo espíritu de evocación. La manoseada realidad cotidiana no le interesa mayormente. Tiene dentro de sí elementos propios para construir sus obras y por eso ha despreciado los personajes vulgares, con quienes uno se tropieza a cada paso. D'Halmar explota el tipo extraño, que tenga algo de particular. Si no lo encuentra, lo inventa, le da mucho de sí, de su alma, de su espíritu inquieto.

Pero un escritor bien puede abominar de una realidad y gustar, en cambio, de otras. Así d'Halmar, de sus viajes por la India, de su paso por Egipto y sus andanzas por Europa, recogió material para escribir libros magníficos. Al espectáculo de la vida exótica añadió la manera que tiene su alma de gustarla; a la aventura que muchas veces le salió al paso, agregó la aventura que todos llevamos dentro y que tanto anhelamos vivir.

Me parece que es usted algo avanzado al referirse a los que imitamos a Loti, Farrère, Lorrain, Wallace, Wells, Julio Verne, Motta y Salgari. ¿No encontró otros nombres como éstos, cogidos al azar, para añadirlos a la lista? Bien podría haber agregado a Mayne Reed, London, Conrad, Mac Orlan, Poe, Conan Doyle, Gaston Leroux, el Conde de la Vaulx y cuantos se han apartado de la estupidez de todos los días para entrar al campo de lo fantástico, de lo imaginario; cuantos han despreciado la aventura imbécil y solemne que vive el señor en el camino de su casa a la oficina, para preocuparse de la existencia libre de los vagabundos, los marinos, los gitanos.

Hay aquí una mala costumbre y usted ha caído en ella: la de citar, al referirse a d'Halmar o cualquier escritor imaginativo, los nombres de Loti y Farrère. ¿Quién? ¿D'Halmar, Reyes? Sí, imitan a Loti y Farrère. Desde luego no hay razón

Una carta sobre d'Halmar

alguna para juntar a Loti y Farrère en un binomio. Se podría decir que ellos no tienen otro punto de contacto que el de haber pertenecido ambos a la marina francesa y haber realizado viajes por el Oriente. Mientras Farrère se dedica a la novela fuerte, viva, *de acción* (y le subrayo este término), Loti no hace otra cosa que divagar, y divagar, y divagar, llegando a veces a producir agradables estados de ensueño y otras cierto malestar, cuando cae en la cursilería. (*Las desencantadas.*)

Dice usted en su reciente estudio, refiriéndose a d'Halmar:

... Primero una novela, *Juana Lucero*, en que historiaba los vicios de Chile, y luego un libro de cuentos, *La lámpara en el molino*, dieron prueba de su interés por el ambiente natal y de su decisión de servirlo literariamente.

Debe confesarle que no conozco *Juana Lucero*, la primera de estas obras, y que no me interesa, ya que según entiendo, ella no es para d'Halmar otra cosa que un pecado de juventud. En cambio leí, con asombro, los cuentos de la *Lámpara en el molino*, y he sentido un asombro mucho mayor al ver que usted pretende que en esa obra el autor hace «chilenismo» y da prueba de interés por el ambiente natal. ¿Se atrevería a decir, mi estimado amigo, que cuentos como *El abuelo d'Halmar*, *En provincia*, etc., justifican su aseveración? Yo no he visto en el primero sino una obra de imaginación pura, que bien podría incluirse en lo que literariamente se denomina «lo maravilloso». En cambio, *En provincia* es un estudio psicológico profundo, el relato de aspectos de un ser que bien podría ser chileno o húngaro. La misma obra que da nombre al libro, ¿qué tiene de nacional, de criollo?

Continúa usted haciendo afirmaciones muy discutibles, que ya no sólo van en contra del escritor sino de la modalidad literaria. Y luego, dice usted:

¿Hay alguna sensación o algún matiz de esa literatura que no esté contenido ya en los libros de Loti y Farrère?

Sí, distinguido amigo, hay muchos. D'Halmar, aunque usted lo niegue, es personal, tiene su gesto propio ante el espectáculo de la vida, máxime si esa vida es la que él ama, la del Oriente, la de Europa. Comencemos a echar una rápida mirada—como si fuéramos en un tren—a la obra de d'Halmar, desde donde—según usted—comienzan sus errores. *Pasión y muerte del cura Deusto*, ¿tiene algo de Loti o Farrère? Creo que no hay discusión: nada. En seguida viene *La sombra del humo en el espejo*, libro formado, en primer término, por un viaje a Egipto.

to, por unas reverencias muy suyas ante la misteriosa y milenaria esfinge y por su amistad con un habitante del desierto. Es verdad que también Loti hizo un viaje a Egipto (debe haber realizado muchos), y es verdad que Loti escribió sobre el desierto. Pero hay una diferencia tan grande; se siente correr la vida tan distintamente, las almas de los personajes mismos divergen tanto, que yo creo que sería necesario, para darle a usted en el gusto, juntar a cuantos escritores han dejado correr su admiración ante la tierra de los faraones, desde Champolion hasta Olbued, y decir que todos son iguales. ¿No existen entonces los procedimientos, la arquitectura de las obras literarias; no existe el estilo y—sobre todo—no existe el espíritu, el temperamento de cada cual, que da a las cosas aspectos tan distintos, como si fueran miradas de sitios diversos o con ojos de otra condición?

Después viene *Nirvana*, crónicas de diversos países, y viajes marítimos extraordinariamente bellos. Hay una *Navidad en el mar* que es, sencillamente, un trabajo maestro. Yo me pregunto con asombro, ¿hay en todo eso alguna narración, algún procedimiento, concepto o frase que recuerden al autor de *Azyadeh* o a Claude Farrère? Pero me olvidaba, amigo mío, que también Loti y Farrère han viajado mucho por el mar y las tierras y han escrito crónicas. Acaso eso sea una semejanza.

Y después viene la del estilo, que afortunadamente usted no niega en nuestro mejor escritor. (¿Por qué el mejor escritor iba a ser aquel que nos cuenta la historia de un hombre vulgar, desarrollada en ambientes que molestan por lo conocidos, y no el que elige personajes con alma, con destino aparte, y los echa a caminar por senderos encantados?) No niego yo que d'Halmar use algunos galicismos y que a veces recuerde traducciones de la lengua francesa, pero no malas traducciones. Así y todo me parece demasiado audaz eso de «la ignorancia tan cabal del español», que usted dice....

Y pasamos en seguida a un punto importante de su artículo publicado en esta misma Revista (1). No quiero citarle frases textuales, pero usted dice, más o menos: para leer a d'Halmar con algún deleite se necesitan ciertas condiciones que no siempre se reúnen en gran número de lectores. Creo yo que en eso estriba, en su mayor parte, el poco cariño que usted le demuestra. Porque su género literario de preferencia es la crítica y la crítica entraña el bisturí, la cosa fría, cortante, la palabra que se mide, el término que no entra en calor. Le confieso que yo nunca podré leer con gusto a quien me dé algo frío o me pre-

(1) Número 64. Artículo titulado *Para la futura novela chilena*.

sente como personaje principal un jovencito vacío de la calle Huérfanos actuando en cualquier descolorido bar del centro. Me resultarían demasiado tontos el personaje y el ambiente, por conocerlos demasiado. En cambio, amo los relatos de otras tierras, los hombres que tienen el prestigio de la lejanía y de la diferencia racial, las ciudades distintas a las nuestras. ¿Cuestión de gusto, de temperamentos?

* * *

Eso en cuanto a d'Halmar. Después vienen los que «le imitamos». Trata usted de definirlos y utiliza elementos falsos. Desde luego en *El matador de tiburones* de Salvador Reyes hay algo de inventado y mucho de cierto. En una polémica sostenida por ese autor con un crítico literario, decía Reyes, refiriéndose a aquella narración, que cuando fué conocida en el Norte le llegaron cartas de muchas personas que habían reconocido al «matador» y a su ayudante y que se daban perfecta cuenta del ambiente. ¿Será necesario, pues, decir Antofagasta, cuando de ese puerto se trata? ¿No basta la leve, la elegante insinuación de su latitud geográfica?

A mí también me atribuye usted la total invención de lo que escribo. Aunque eso, debe usted comprenderlo ya que conoce bien la tendencia que sigo, sería para mí un motivo de orgullo, no es exacto. El mismo relato que usted cita, *Luces en la isla*, no está enteramente imaginado, ya que el fondo de él está tomado de una leyenda chilota, consignada en casi todos los libros que sobre esa tierra se han escrito: cierto tesoro que, según se dice, permanece oculto en la isleta de Imelev.

Después me reprocha usted que diga que un barco hace escala en Ancud para proveerse de carbón. Claro está, la geografía económica puede decirnos que en Ancud no hay carbón sino papas. Pero debe saber usted que cuando una embarcación necesita carbón, atraca en cualquier parte y consigue carbón..., lo mismo que si usted, caminando en lo suburbano, quiere comprar cigarrillos y no halla una cigarrería, entra a un almacén cualquiera. . . . Mi barco es velero y le extraña también a usted que un velero ancle para hacer carbón. Pero si usted conversara con personas que conocen los barcos, le dirían que la mayor parte de los veleros llevan un motor auxiliar. . . .

En fin, mi estimado amigo, creo yo que esto no tiene mayor importancia. Sólo que me traía algo extrañado su actitud para con Augusto d'Halmar, uno de nuestros mejores valores literarios.

Su amigo.—LUIS ENRIQUE DÉLANO.